

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Al Final Todo Arderá

de Robert Brooks

Parte I

Todos los pasajeros de las dos naves nodrizas estaban condenados.

Rohana y sus hermanas estaban a billones de kilómetros de distancia, pero lo sabían tan bien como los tripulantes. En medio del caos emergían emociones fuertes. *Desesperación. Conmoción.* Esto no tenía que pasar. No podía ser. *Este no puede ser nuestro destino,* gritaban los corazones de los miembros de la tripulación en una sola voz. Rohana lo sentía con claridad.

Pero la gravedad los empujaba sin piedad hacia la muerte. Eso también lo sentía.

La desgracia de la nave nodriza había comenzado sin previo aviso. Uno de los cristales khaydarín — la fuente más importante de energía— se había fracturado. El navío todavía no se había puesto en órbita alrededor de la estrella de neutrones y había comenzado a caer en dirección a ella. La otra nave nodriza había acudido en su ayuda. El comandante esperaba que los propulsores lograran alejar a las dos naves de la estrella, y no se equivocaba. Juntas, habían llegado a una órbita segura.

Se habían vivido momentos de mucha intensidad. *Orgullo. Euforia.* Los ocho mil cuatrocientos sesenta y tres miembros de la tripulación habían sentido esas mismas emociones, habían celebrado el ingenio y la valentía de la segunda nave.

Y entonces, había sucedido lo imposible.

El cristal de la segunda nave también se había apagado. *Miedo. Incredulidad.* ¿Que dos cristales khaydarín fallaran al mismo tiempo? ¡Impensable! Se tallaban con una precisión infinitesimal. Sólo

uno había fallado desde que los primogénitos habían comenzado a viajar por el espacio, milenios atrás. ¿Y ahora dos? ¿Al mismo tiempo? ¿En una órbita en decadencia?

El Khala transmitía esas emociones y más. Las grandes preservadoras las registraban todas.

—Nunca se ha visto un desastre como este —dijo Rohana.

Su hermana mayor le dio la razón.

—Una tragedia única. Será nuestro deber interpretar este accidente —dijo Orlana.

La hermana menor sacudió la cabeza.

—¿Accidente? Sabotaje sería más apropiado —dijo Shantira.

—¿En dos naves? —preguntó Orlana.

—Con más razón. Piensa en las probabilidades. Si sucede una vez, seguramente sea un accidente. Si sucede dos, y seguidas, seguramente sea intencional.

Las tres dejaron de hablar. Eran grandes preservadoras. Los tripulantes todavía no estaban muertos. Sus emociones les revelarían la verdad. Las hermanas se sumergieron en el Khala para inspeccionar una a una todas las ondas y corrientes. No había ningún indicio de satisfacción entre los pasajeros. Ni una pizca de placer. Todas las almas a bordo estaban luchando por sobrevivir. Si había un saboteador, sus emociones tendrían que ser al menos *un poco* diferentes de las de los demás.

Shantira se rindió con calma ante la evidencia.

—No fue sabotaje —concluyó.

Las dos naves seguían cayendo hacia la estrella de neutrones. *Determinación. Frustración.* Este no podía ser el fin. Había que hacer algo. Tenía que haber alguna solución. La tripulación se pasó horas yendo de un lado a otro, desesperada. Todo en vano. La gravedad era implacable. La temperatura comenzó a subir cuando las resistencias contra el calor claudicaron. Las alas brillaban con la radiación de la estrella. Pronto fallarían los escudos, y la tripulación quedaría expuesta a una muerte agonizante.

Una nueva explosión de emociones los recorrió a todos. Comenzó con un solo forjafases y se extendió como reguero de pólvora por el Khala. *Horror. Desesperación.* Habían descubierto el

problema: una nimiedad, una imperfección en el modo en que se ventilaba el exceso de energía entre las alas de la nave en un entorno en que la gravedad era inusualmente alta. Un pulso había regresado a uno de los cristales de la nave y lo había destruido. Cuando la segunda remolcó a la primera, la misma falla destruyó también su cristal.

Ningún sabotaje. Una circunstancia casi imposible en el momento menos indicado: en órbita alrededor de una estrella de neutrones inexplorada. Sólo allí, en un pozo de gravedad tan fuerte, la falla era fatal.

Y ya no había dudas, ni siquiera entre los tripulantes más optimistas: esto *sería* fatal. No había otros navíos protoss cerca. La red de transposición del imperio no se extendía hasta ese sistema inexplorado. La estrella se cobraría todas sus vidas.

Furia. Ira. Explotó entre los miembros de la tripulación. Muchos a bordo habían soñado con una muerte gloriosa en el campo de batalla, no *esto*. No un final sin sentido a causa de un accidente.

—¿No queda nada por hacer? —preguntó Rohana. Ella era especialista en las artes de la guerra, no en física. Buscaba el consenso. Sus hermanas lo entendían.

Shantira ya estaba haciendo los cálculos, dibujaba figuras en el aire con el dedo como ayuda mental. Por fin, dejó caer la mano.

—Han cruzado el punto de no retorno. No tienen escapatoria —dijo.

—Ninguna en absoluto —confirmó Orlana. Estaba rebuscando entre las emociones de los líderes de las naves; habían abandonado la esperanza.

La ira duró sólo unos momentos. Todos los protoss, independientemente de su casta, aprendían a dominar las emociones en momentos de tensión. Sin ese autocontrol, el Khala sería un caos. Aun ante la amenaza de una muerte certera, no harían a un lado su honor y su legado. Pronto, la ira de la tripulación se desvaneció, y en su lugar apareció otra cosa.

—Ahí está. —Rohana abrió los ojos de par en par.

Miró fijamente a sus hermanas. Ellas también lo sentían.

—La última emoción —dijo Orlana.

Las hermanas lo identificaron aun antes que la tripulación. Las semillas de esa emoción latían en lo profundo del Khala, mucho más profundo de lo que la mayoría de los protoss podía llegar

conscientemente. Pocos lo intentaban. A pesar de que el Khala no era peligroso, sus corrientes eran poderosas. En las profundidades era difícil mantener la concentración y el equilibrio durante el tiempo necesario para examinar cada mota de emoción. Sólo las mentes más fuertes lo conseguían. La mayoría de los preservadores fracasaban.

Era por eso que las tres hermanas eran grandes preservadoras. Ellas sentían lo que otros no podían.

Y lo que sentían burbujeaba desde las profundidades, se expandía por ambas naves nodrizas con cada latido de un corazón.

Aceptación. La última emoción.

Si el destino había elegido *este* fin, que así fuera. La ira era natural pero ya se había hecho a un lado. La última emoción llenaba todos los corazones como una ola de alivio, y el Khala los elevaba y unía sus espíritus. Miles y miles de almas aceptaban el final al mismo tiempo, y la canción de sus últimos momentos invadía el cosmos.

Ya no eran sólo Rohana y sus hermanas las que lo oían. Otros en Aiur se estaban dando cuenta. Se unieron, millones de ellos, y también elevaron sus espíritus en solidaridad. Al poco tiempo, todas las castas de Aiur eran uno con la nave nodriza y su tripulación. El coro de gloria se propagó a otros planetas. A otros sistemas. A todo el imperio.

Los tripulantes condenados sintieron la mirada de todos los primogénitos clavada en ellos, y sus almas se elevaron aún más cuando se perdieron en ese éxtasis.

No unirse a ellos demandó todas las fuerzas de las tres hermanas. Rohana temblaba con el esfuerzo. Se hablaría de este día durante milenios. No había nada más puro y más hermoso que el último rugido de un primogénito. Pero oír a todo el imperio rugir unido como un solo ser...

No sucedía desde la última batalla de Khardalas, hace ocho siglos, y la emboscada de Faranai, dos siglos antes de eso...

No. Ya habría tiempo para analizar. Ocho mil cuatrocientos sesenta y tres protoss estaban a punto de morir. Era necesario conservar sus recuerdos. En ese acto, las grandes preservadoras vivirían sus muertes. Las de todos y cada uno.

—Esto no será fácil —dijo Orlana.

Rohana cerró los ojos. *Orlana tiene un verdadero talento para el eufemismo*. Habían pasado generaciones desde la última vez que se había producido una pérdida de vida semejante y, en ese entonces, las preservadoras sólo habían podido guardar una parte de los recuerdos de los caídos. Hoy no sucedería lo mismo. Pero el peso de la tarea sería insoportable.

Uno de los recuerdos preservados llamó su atención. Era el recuerdo de una tribu antigua que había soportado un sinfín de tormentas en las montañas de Aiur. Sus miembros habían aprendido a sobrevivir tifones en las planicies expuestas, en medio de vientos tan fuertes que podían arrancar árboles desde la raíz. Había mucho que aprender de ese ejemplo. "*Inclínate ante el viento. Deja que te pase por encima, que te rodee*", dijo Rohana citando a un líder tribal que les hablaba a sus seguidores. No sólo las palabras de ella sino las de *él* viajaron por el Khala a la mente de las demás preservadoras. "*No dejes que te quiebre*".

Rohana sintió el movimiento de sus hermanas. Seguirían su consejo.

Estaban flotando en círculo un paso por encima del suelo, con las piernas cruzadas, suspendidas suavemente en el aire por el poder psiónico. Se tomaron de las manos. Abrieron la mente a esos ocho mil cuatrocientos sesenta y tres individuos y trataron de bloquear a todos los demás. Eso sería imposible, claro.

Orlana apretó con fuerza las manos de sus hermanas.

—Aquí vamos —dijo.

La tripulación comenzó a morir.

Los forjafases, que estaban más expuestos a la radiación de la estrella de neutrones, murieron primero. No fue un final rápido. Aun así, lucharon contra el dolor y ofrecieron sus mentes al Khala por todo el tiempo que pudieron hasta que, por fin, la muerte les otorgó alivio. El conocimiento técnico de los forjafases, su experiencia, cada latido de su corazón del primero al último, pasó a Rohana, Orlana y Shantira.

Preservados para siempre.

El resto de la tripulación no duró mucho más. Y todos comenzaron a caer al mismo tiempo, en ambas naves. La fuerza de sus recuerdos se desmoronó sobre las hermanas en olas aplastantes.

Rohana sentía cómo su mente se agitaba en la tempestad. No opuso resistencia. Le caían gotas de sudor por la espalda. Cuando alguna de las hermanas perdía el foco, las otras dos la anclaban en el

lugar hasta que recobraba la compostura. Vidas enteras pasaban volando por la mente de Rohana. Ella se aferraba a todas, aun cuando el canto de gloria del Khala y la agonía de cientos de muertes la zarandeaban de un lado a otro.

Pero se inclinó ante el viento. No se quebró. Ni ella ni sus hermanas.

Este vivió en Aiur toda su vida... Esta superó una herida incapacitante en el planeta Zhakul y escapó de la erupción de un volcán... Esta había construido un nuevo tipo de matriz de lanzamiento para portanaves y había comenzado a trabajar en una nueva expansión para la red de transposición...

El fuego terminó con los que quedaban vivos en un solo instante explosivo.

Y todas las almas —sí, *todas*— quedaron preservadas.

Había terminado. El alivio se descargó sobre las tres hermanas como un golpe físico. Orlana cayó hacia atrás y sus pies se estrellaron contra el suelo. Rohana y Shantira la sostuvieron para que no se desplomara por completo. Pronto, estaba recuperada. Sus pies volvieron a levantarse.

—Gracias —dijo Orlana.

El canto continuaba en el Khala. El imperio había sentido la *aceptación* de la tripulación. Sólo Orlana, Rohana y Shantira acababan de vivir ocho mil cuatrocientas sesenta y tres muertes. Hasta los tripulantes sólo habían tenido que morir una vez.

Las hermanas se quedaron allí, juntas, hasta que pasó el dolor. Llevó un tiempo.

—Se quemaron vivos —dijo Rohana. Estaba llorando. Sus dos hermanas también.

Orlana le apretó la mano.

—Lo sé.

—Ningún primogénito debería morir así.

—No. —Tembló Shantira.

—Tenemos sus recuerdos. Habrá mucho que aprender de ellos —titubeó Rohana. Tendrían que revivir esas muertes una y otra vez. Ese era su deber. Y ella no vacilaría—. Esta tragedia no fue producto ni de la malicia ni de la estupidez, sólo de las circunstancias. Esta es nuestra nueva carga, hermanas. Le diremos al imperio cómo impedir que se repita.

—El defecto de las naves nodrizas se arreglará. No nos necesitan para eso —dijo Shantira.

—No. Para eso no —respondió Rohana.

Orlana pestañeó. Comprendía la intención de Rohana.

—Una falla oculta provocó la caída de algo formidable. Tú quieres encontrar una solución para *todas* las fallas ocultas.

—La próxima vez, puede que no sea solo un par de navíos lo que caiga ante un desastre imprevisto —dijo Rohana—. Hoy perdimos exploradores. La próxima vez, podríamos perder una colonia entera. Imaginen lo que podría suceder. Incluso Aiur podría perecer.

—¡Eso nunca sucederá! —dijo Orlana.

—Pero entiendes mi ambición.

Shantira comenzaba a entender, pero todavía vacilaba.

—Es imposible predecir *todos* los desastres posibles —dijo con cautela—. Sin errores no hay progreso. A veces se pierden vidas. Es lamentable, pero esperable. Si censuramos la innovación por miedo a lo que *podría* suceder, corremos el riesgo de fomentar el estancamiento.

—No intento decir que podamos prevenir todas las muertes. Digo que cada muerte es una lección. No sólo las muertes de hoy. Todas. Tenemos los recuerdos de todos los primogénitos que nacieron desde que terminó el Eón del conflicto —dijo Rohana—. Encontraremos patrones. Encontraremos puntos ciegos en esas vidas pasadas y en las nuestras. Miraremos al futuro con los ojos abiertos; descubriremos qué nos hace débiles y lo corregiremos.

Las dudas de sus hermanas se desvanecieron. Surgieron nuevas emociones complejas que se dispararon con *determinación*. Las tres palpitaban con la agonía de la tragedia vivida. Semejante dolor no podía sólo soportarse. Las impulsaba a la acción.

—Así será —dijo Orlana.

Shantira quedó inmóvil.

—Tratar al azar como a un enemigo... es algo que nunca se ha hecho. En toda nuestra historia. —Su ánimo cambió y se convirtió en un regodeo lúgubre—. Qué legado dejaríamos si lo derrotamos, ¿no?

Parte II

Había llevado tanto tiempo construirla, tanto tiempo perfeccionarla. Ahora, estaba terminada.

Orlana lideró el camino hasta el puente de mando de la nave, tan emocionada que bajó los pies y corrió de verdad, con las piernas. Hacía siglos y siglos que no tocaba el suelo, probablemente desde el desastre de la nave nodriza.

—Increíble —murmuró—. Sus sentimientos reflejaban los de sus hermanas. Sin una palabra, agitó los brazos sobre la cabeza, un gesto que decía: *Miren todo eso*.

Era la primera de su clase. La primera arca.

—¡Qué legado dejaremos! —susurró Shantira.

El nombre rememoraba otras épocas, cuando los primogénitos primitivos todavía trabajaban con las manos para arar el suelo y cazar. Los que habían navegado los océanos de Aiur hacía milenios habían aprendido a respetar los vientos y las olas. Todo podía cambiar en sólo un minuto, y los botes pequeños no se llevaban bien con las tormentas. Esas tribus habían construido naves más grandes —arcas—, refugios flotantes a los que todos podían huir cuando se levantaban los vientos oscuros.

Y así será nuevamente, pensó Rohana. Con este nuevo tipo de arca, los protoss ya no necesitarían temer a ningún viento oscuro. Nunca más. No sólo por su armamento, que era considerable, ni por sus avances tecnológicos, que eran únicos...

Un arca completa podía pelear una guerra sin apoyo. Podía evacuar una colonia entera —un *sistema* entero con sus colonias y puestos de avanzada— gracias a sus vastas cámaras de cápsulas de estasis. Podía perder potencia y quedar a la deriva durante siglos sin perder un solo miembro de la tripulación. A lo largo y a lo ancho, el arca se extendía por kilómetros y, a pesar de todo, era ágil y sensible. Podía fabricar un escuadrón de exploradores por día, coordinar una batalla espacial sin fin y transposicionar civiles a lugares seguros, todo a la vez. Todos los sistemas tenían redundancias. Se había concebido y diseñado como una solución —*la* solución— a cualquier desastre imaginable y cualquier guerra posible. El Cónclave había reconocido la sabiduría de una solución semejante y había concentrado toda la ambición del imperio primogénito en hacerla realidad.

La alegría pura de Orlana seguía en aumento y se propagaba por el Khala. Ella siempre había tenido un amor especial por la arquitectura.

—Tenías razón, Rohana, —dijo—. Las paredes. Yo creía que iban a ser un fastidio. ¡Pero mira!

Allí, en el puente de mando, las paredes estaban hechas de energía pura esculpida. Invisible. El comandante de la nave tendría una visión despejada del campo de batalla. Todo alrededor, veían las luces citadinas de Aiur que se extendían hacia el horizonte y las estrellas titilantes sobre sus cabezas.

—Es maravilloso.

¿Cuántas batallas en la historia se habrían ganado si sólo el líder hubiera tenido conocimiento completo y de primera mano del campo de batalla? *Casi todas seguramente. Los comandantes sabios confirman con sus propios ojos lo que los subordinados creen.* El Khala sólo transmitía emociones. Un guerrero sin experiencia bien podía evaluar una batalla de un modo incorrecto.

—El crédito es de nuestra hermana menor, no mío —dijo Rohana—. Sin ella, los forjafases nunca habrían completado su obra.

Rohana sintió las emociones tranquilas de Shantira. *Orgullo. Satisfacción.* La tecnología que hacía posible la nave había sido, efectivamente, mérito suyo. Los trabajadores khalai sabían más de ingeniería, pero ella tenía los recuerdos de generaciones de maestros para guiarlos y una comprensión inconmensurable de la física que le permitía desafiar sus ideas. Para que el trabajo de ellos llegara a buen puerto, tenían que consultarle. Ella les había permitido ganarse su gloria.

Un miembro del Cónclave se acercó a las tres hermanas: un Juez llamado Mardonis.

—¿Vendrán a ver el lanzamiento con nosotros? —preguntó.

—Por supuesto —dijo Rohana. Era un momento histórico. Era el deber de las grandes preservadoras presenciarlo.

Mardonis las guió desde el puente de mando hasta las profundidades del arca. Él caminaba, ellas lo seguían. Después de muchos kilómetros de corredores, llegaron al núcleo, que sólo albergaba unos pocos paneles de control y una esfera gigantesca que se elevaba, imponente, sobre sus cabezas. Incluso aquí, en el centro de la nave, se veían las estrellas que brillaban sobre Aiur. Pero nadie prestaba atención a esas estrellas: ni las grandes preservadoras, ni Mardonis, ni el resto del Cónclave, ni los maestros forjafases, ni el guerrero solitario que anidaba entre ellos.

Esas estrellas estaban lejos, distantes.

Una nueva estrella estaba por nacer aquí mismo.

Mardonis le hizo un gesto al guerrero.

—¿Harías los honores, Adún? —preguntó.

Adún se apoyó un puño sobre el corazón.

—Gracias, Juez.

Se acercó a los forjafases. Uno le entregó un bloque de solarío. Rohana entornó los ojos. Lo estaban dejando manipular esa sustancia volátil con demasiada liviandad; ella recordaba decenas de momentos en que eso había terminado en tragedia.

Ni más ni menos que dieciocho navíos espaciales habían encontrado su fin entre las llamas de solarío... Hacía ocho siglos, toda una aldea había quedado reducida a cenizas...

Shantira le tocó el hombro. Rohana rechazó no sólo el toque de su mano, sino también el intento de calmarla a través del Khala.

—Esto es una estupidez —le dijo Rohana en voz baja.

—El solarío se vuelve inestable sólo cuando lo agitan demasiado —respondió Shantira—. Y sólo algunas veces. Algo así como una de cada cinco.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Piénsalo así —dijo Orlana con un brillo de burla en los ojos—. Si explota, moriremos rápidamente y sin dolor. Al menos partiremos con elegancia.

Rohana no dijo nada pero ya se sentía mejor.

Adún merecía ese honor, por supuesto. Había pocos comandantes vivos que manejaran las tácticas militares con tanto ingenio como él. Pero Rohana no lo tenía en tan alta estima como sus hermanas.

Ellas lo admiraban y respetaban. Rohana tenía sus reparos. En el caso de los comandantes, el ingenio en demasía podía ser perjudicial. *Los líderes innovadores mueren cuando se les acaba la suerte*, ella lo sabía. Un comandante muy inventivo había intentado usar su propia nave para rescatar a una nave nodriza que caía hacia una muerte segura sobre una estrella de neutrones, por ejemplo. Una idea brillante, frustrada por una falla oculta.

Ese recuerdo todavía la perturbaba. Extraño. La solución estaba aquí. Eso tendría que haber calmado su ansiedad. Puso a un lado sus emociones. No serviría de nada instalar dudas desagradables en todos los demás.

Adún colocó el solarío en la base de la enorme esfera. Dio un paso atrás.

El solarío se encendió. Después, se encendió también la esfera colosal. El núcleo solar cobró vida con un estruendo poderoso que mermó hasta convertirse en un zumbido tenue, su calor y brillo imposibles contenidos por la coraza. El arca comenzó a temblar. Y después comenzó a moverse. Ascendió y abandonó la atmósfera de Aiur con una suavidad difícil de creer. A pesar de su tamaño, en pocos minutos había llegado a una órbita estable.

Así de poderoso era el núcleo solar. Una estrella sintética. Su energía sustentaría todas las operaciones de la nave —y a los miles y miles de soldados y tripulantes que un día vivirían allí— durante una cantidad de años incalculable.

Esta arca era una verdadera maravilla. Mardonis tuvo el honor de bautizar la nave: la *Lanza de Adún*.

Cuando terminó la ceremonia, se transpicionó a Adún de vuelta a su flota. El Cónclave permaneció unos momentos más para hablar con las grandes preservadoras.

—No logramos ponernos de acuerdo sobre una cuestión y necesitamos su consejo —dijo Mardonis. Estaban todos nuevamente en el puente de mando. Ahora que estaban en órbita, parecía que Aiur rotaba sobre sus cabezas con lentitud—. Esta arca es todo lo que esperaban, ¿no? Un bastión contra desastres inesperados.

Orlana respondió con seguridad por sus hermanas.

—Sin dudas, Juez.

—Ya hemos iniciado la construcción de dos más. ¿Y después qué? —preguntó Mardonis—. ¿Cuántas más necesitaremos?

Rohana pestañeó. *Sorpresa. Confusión.*

—No comprendo.

Mardonis se explicó. La construcción de cada arca requería una cantidad de recursos impresionante, tantos que otras empresas, como la colonización de nuevos sistemas estelares, habían quedado en pausa.

—La *Lanza de Adún* alcanza para librar toda una guerra, aun contra un enemigo equiparable a nosotros. —Abrió bien grandes los brazos—. Pero no tenemos un enemigo equiparable. Nadie se compara con los primogénitos.

—No hoy. No el año que viene. No el siglo que viene. —Rohana comenzó a invocar los recuerdos de generaciones pasadas. Dejó que algunos selectos flotaran por el Khala hasta Mardonis para que él comprendiera mejor lo que quería transmitirle—. Es siempre el ataque inesperado el que pone en riesgo a las grandes potencias. Como dijiste, la *Lanza de Adún* es nuestro bastión contra el desastre. Pero no puede estar en todos lados al mismo tiempo. Con más arcas, tendremos más seguridad. Tres está bien. Más sería mejor.

Le sorprendió sentir que sus hermanas no estaban de acuerdo con ella. Se volteó para mirarlas.

—¿Tienen una perspectiva diferente?

Shantira inclinó la cabeza.

—Hablas de una guerra que está a milenios de distancia, Rohana. Ellos hablan de algo más peligroso: el agotamiento de recursos. ¿Deberíamos invertir tanto en este...?

—Nuestro imperio tiene recursos en abundancia.

—Para hoy. Para el año que viene. Para el siglo que viene. —La voz amable de Shantira aplacó la aspereza de sus palabras... aunque no del todo—. Si llega el día en que se agoten, ni siquiera toda una flota de arcas nos salvará. Necesitaremos colonias para reabastecernos. El poder del fuego tiene sus límites. Y también nuestra red de transposición. Si tenemos más colonias, tendremos un campo de fuga más grande cuando sea necesario.

Orlana levantó una mano.

—Tiene que haber equilibrio. El Cónclave nos ha planteado una pregunta que no es fácil de responder. Debemos retirarnos y debatir. Llevará tiempo —le advirtió a Mardonis.

El Juez asintió.

—Nuestro imperio puede construir esas otras dos arcas sin problemas. Sólo pedimos su consejo para proceder de ahí en adelante. Tendrán todo el tiempo que necesiten.

—Entonces seremos minuciosas —dijo Orlana.

—Sí —concordó Rohana. Esa pequeña duda, esa ansiedad, todavía no desaparecía. Quizás esta tarea era precisamente lo que necesitaba para desterrarla.

Parte III

Pasaron los años. Las grandes preservadoras navegaron por sus recuerdos. La cuestión de las arcas era delicada. No había un momento único de la historia que pudiera proporcionar la respuesta. Revivieron guerras. Desastres. Descubrimientos. Cualquier cosa que pudiera iluminar su camino.

En un comienzo, Rohana estuvo segura de que los primogénitos debían dedicarse a construir todas las arcas que pudieran. Así, aunque una de las arcas se destruyera por completo, no se afectaría en absoluto la supervivencia de los protoss. Ahora ya no estaba tan segura. Había demasiados recuerdos de líderes atolondrados que habían gastado recursos imprudentemente y habían pagado caro por sus errores.

Por otro lado, estaba el aspecto práctico: había pasado más de un siglo y la *Lanza de Adún* todavía no había visto una batalla. Ni una sola. Se pasaba el tiempo escoltando colonos a los planetas nuevos. En ese sentido, el arca era muy útil. ¿Pero por qué seguir construyendo armas si no quedaba nada más por qué pelear? Quizá tres arcas fueran suficientes. Quizá no.

Todavía no tenía una respuesta.

Pero la pregunta no la consumía, ni a ella ni a sus hermanas. Eran grandes preservadoras. Tenían pupilos que entrenar. Recuerdos que preservar.

Y consejos que dar.

Orlana no intentó ocultar su consternación.

—Tu plan es una locura y terminará con la muerte de tus subordinados —dijo sin reparos.

El líder de la colonia gesticulaba mucho con las manos cuando hablaba.

—Ninguno de nosotros le teme a la muerte, y creemos que esto funcionará —dijo. *Determinación. Terquedad.* Una combinación de emociones peligrosa cuando uno se prepara para poner vidas en riesgo—. La temperatura del planeta no es tan baja. ¡Las mediciones han marcado hasta 1,3 grados!

Bajo el cero absoluto: 1,3 grados bajo el cero absoluto quería decir. Ni siquiera el vacío del espacio era tan frío.

—Fallarán los equipos y se congelarán —dijo Orlana—. Y aun si me equivoco, estás destinado a morir joven.

—¿Por qué?

Evocó un recuerdo y lo canalizó por el Khala para que el líder de la colonia también lo experimentara.

...El gran explorador fue el primero en escalar el pico más alto de Aiur y el primero en trazar rutas en sus océanos. En su interior, llevaba un deseo insaciable de ver lo desconocido, de explorar lo no descubierto. Pero siempre viajaba solo. En eso era inflexible. Sabía que un día se encontraría con una prueba que no podría superar y se negaba a condenar a otros a muerte por eso. Dicho y hecho, fue en las cuevas de Monte medio que encontró su final, cuando un temblor desprendió toneladas de roca que lo enterraron vivo y terminaron con su vida en un instante...

—Tu deseo nunca se extinguirá —dijo Orlana—. Asumirás riesgos cada vez mayores. No es algo inmoral. Los primogénitos celebran a aquellos que tienen tu espíritu. Cada vez que pruebas los límites, le muestras a todo el imperio lo que es posible. Pero todavía no entiendes que este es un camino que debes recorrer solo.

Dejó fluir por el Khala otros recuerdos de exploradores que habían muerto investigando lo desconocido.

—Ve a ese planeta si no puedes evitarlo. Deja que tus seguidores te miren desde la seguridad de la nave. No permitas que corran los mismos riesgos que tú. El orgullo y la curiosidad los incitarán a acompañarte si se los pides. No les pidas.

El líder de la colonia estaba golpeado, pero no se rendía.

—No todas las muertes deben ser en batalla, Gran Preservadora. Si me llega la muerte en las fronteras, que así sea. Mis seguidores comparten mis creencias.

Orlana no cedió.

—¿Estás seguro? Los siento aquí cerca. Admiran tus convicciones pero no las comparten. Te siguen porque buscan gloria. No entienden la verdadera dimensión de los riesgos que enfrentan a tu lado.

El líder de la colonia le agradeció.

—Analizaré tu consejo —Orlana sabía que no se dejaría persuadir y sabía que no tenía obligación de obedecerle. Tenía total libertad de descartar su consejo.

Un año después, sintió el momento en que esas almas comenzaron la expedición. Aterrizaron en ese planeta árido, glacial y solitario. Doce días después, su equipo falló.

Con gran tristeza, preservó también sus recuerdos. Otro ejemplo aleccionador.

—Siempre habrá quienes sigan a los tontos. —Orlana compartió su conclusión con sus hermanas—. Y siempre habrá tontos dispuestos a guiarlos.

Eso le molestaba en modos que no podía identificar del todo.

El maestro de entrenamiento templario se arrodilló ante ellas. Temblaba. Tenía los pensamientos y las emociones agitados.

—Temo al cambio —dijo—, y eso puede condenarnos a todos.

Los rigores del entrenamiento de guerreros eran un legado que los protoss habían atesorado por muchas generaciones. Desde una edad temprana, se probaban las aptitudes de los templarios para el combate. Los que tenían inclinaciones espirituales se entrenaban como templarios para aprender a dominar las técnicas de combate psiónico. Los que tenían condiciones físicas aprendían el arte de las cuchillas y las danzas de la guerra.

Ahora, había quienes sugerían combinar las dos escuelas de entrenamiento. Los zelots esgrimirían el poder psiónico en modos más etéreos. Los altos templarios incursionarían en el campo de batalla para participar en el combate mano a mano. Quizás algún día las diferencias entre los dos se borrarían por completo. Sólo habría un tipo de entrenamiento militar.

El maestro se oponía a todo. Y aun así, después de décadas de debate con filósofos y jóvenes prodigio, su convicción se había debilitado.

—Cada guerra requiere tácticas diferentes —dijo con tristeza—. Quizás estoy equivocado. Tengo el poder necesario para resistirme al cambio, pero si me equivoco, estaré condenando a nuestros soldados a la obsolescencia. No estarán preparados para pelear las guerras del futuro.

Las tres hermanas escuchaban este discurso, y las tres llegaron enseguida a la misma conclusión.

—Gran maestro —dijo Rohana—, no te des por vencido.

El templario levantó la mirada.

Rohana le mostró no una, sino decenas de recuerdos. Batallas. Zelots que luchaban con destreza. Altos templarios que torcían el rumbo de la batalla en un instante.

—Mira cómo se mueven, cómo piensan —dijo Rohana—. Mira su concentración. Se quedaron con la victoria en circunstancias imposibles porque manejaban sus dones a la perfección. No perdieron el tiempo tratando de adaptarse a técnicas contrarias a su naturaleza. Se los llevó al máximo de su potencial de acuerdo con sus talentos y aptitudes innatas. Y fueron los maestros como tú los que los mantuvieron siempre en ese nivel de excelencia. Es cierto: las tácticas de guerra siempre se renuevan. Pero son los guerreros más entrenados los que mejor se adaptan. Los que conocen su potencial y saben cómo emplearlo.

—Y más importante aún —agregó Orlana—, nosotros los primogénitos descansamos en nuestras tradiciones como un edificio descansa sobre sus cimientos. Descuidarlas es garantizar el colapso.

Rohana asintió. Un adagio de un filósofo antiguo se le coló en los pensamientos. Compartió el recuerdo con los demás: *"No es el viento el que derriba el árbol, son las raíces podridas que nadie ve"*, recitó.

—Ya veo. Comprendo. —La desesperanza del maestro se disipó y en su lugar apareció el alivio—. Les agradezco, Grandes Preservadoras.

Rohana lo sintió regresar a sus tareas. Las nuevas filosofías seguían intentando imponerse, pero él ya no dudaba. Se mantuvo fiel a la tradición y nunca vaciló.

—Todos los primogénitos deberían aprender de su ejemplo —les dijo a sus hermanas. Pero estaba intranquila. No siempre habría guerreros como este que protegieran los cimientos protoss.

Algún día, eso podía costarles muy caro.

Shantira se reunió con una decena de forjafases durante más de un mes. Pasaban el tiempo sentados frente a ella, absortos, inmersos en los recuerdos infinitos de los maestros de antaño. No había ninguna crisis que resolver. A ellos simplemente les gustaba aprender. Y a Shantira, enseñar.

Rohana y Orlana la dejaban hacer. Pero cuando los forjafases se fueron, Shantira estaba preocupada.

—Es posible que estos khalai se hayan topado con la respuesta a nuestro dilema de las arcas —dijo.

Por supuesto, eso captó la atención de sus hermanas.

Se alejaron de los que venían a pedir su consejo.

—Habla, hermana. Te escuchamos —dijo Rohana.

Shantira trató de ordenar sus pensamientos. Se la veía frustrada.

—La respuesta estaba allí. Lo sé. ¿Por qué no puedo liberarla? —miró a sus hermanas desesperada—. Tenía la respuesta y ahora la perdí. No lo entiendo.

—Comienza por el principio —dijo Orlana—. Te ayudaremos a encontrarla.

A los forjafases les gustaban los recuerdos sobre inventores legendarios de la casta khalai. Ciertos avances sólo habían sido posibles porque algunas mentes elevadas se habían animado a cuestionar la sabiduría tradicional. Y eso incluso había sucedido en tiempos recientes: un forjafases, todavía vivo, había desarrollado un sistema de teletransportación rápida para las naves nodrizas. Esta técnica única, esta posibilidad de la nave nodriza de replegarse en masa a sí misma y a las fuerzas cercanas a un lugar seguro, permitía escapar instantáneamente de situaciones de peligro mortal. Por sí sola, eliminaba el riesgo de que se repitiera un incidente como el que había acabado con las dos naves nodrizas casi mil cien años atrás.

La explicación de Shantira se detuvo. Hubo un silencio. La frustración volvió a aparecer.

—Está ahí. Hay algo ahí, nadando en el Khala, y *no puedo encontrarlo*. ¿Por qué la respuesta se me esconde así, *intencionalmente*?

Claro que eso no podía ser cierto.

—La destrucción de esas naves nodrizas fue un momento caótico. Es difícil encontrar algo entre tantos recuerdos —aventuró Orlana.

—No es eso. —Shantira hizo una mueca—. Es como si dentro del Khala hubiera una criatura que no quiere que yo sepa la respuesta.

Las tres sabían que no existía ninguna criatura, pero eso era irrelevante.

—¿Dónde está la verdad, Shantira? ¿En los recuerdos de los tripulantes de las naves, o más atrás en el pasado? —preguntó Rohana.

—Más atrás. Mucho más atrás. —De pronto, abrió los ojos bien grandes—. Khas. Eso es. El gran Khas.

Ese era un nombre que todos los protoss conocían. Khas, el que había unido a las tribus enfrentadas por primera vez y las había conectado a través del Khala. Sin él, la raza entera habría desaparecido en el fragor de la guerra civil.

—¿Por qué los forjafases buscarían los recuerdos de Khas? —preguntó Orlana.

—Él fue el primer ejemplo de una mente elevada, y el más duradero —dijo Shantira—. Vio una salida que ningún otro podría haber imaginado. Decidió unificar nuestras emociones. Son los visionarios como él los que impulsaron nuestros más grandes descubrimientos y nos llevaron a las estrellas. —Su frustración flaqueó y se fue flotando—. Esta es la respuesta. Hasta ahora nos hemos concentrado en la necesidad de las arcas para prevenir una tragedia. Pero ese no es su destino. Khas no habría pensado así. Khas no *previno* la guerra civil, nos dio un medio para que pudiéramos sobrevivir a nuestro barbarismo.

Las emociones de Orlana se paralizaron.

—Siempre habrá quienes sigan a los tontos —murmuró.

—Espero que no le estés diciendo tonto a Khas —exclamó Rohana indignada.

—No —respondió con brusquedad—. Él fue el único que se salvó de la insensatez. Hay algo que me da vueltas en la cabeza desde hace años, hermanas. Un concepto simple: nosotros, los primogénitos, no somos inmunes a las malas decisiones.

Orlana se adelantó a la respuesta obvia que estaba por venir. No era exactamente una revelación profunda: si los protoss no pudieran cometer errores, no habría necesidad de tener grandes preservadoras.

—Cuando mencionaste a Khas, no podía dejar de pensar en lo que tuvo que enfrentar. —Cerró los ojos—. Una guerra que habían comenzado unos tontos que se creían sabios. Pensaban que sus razones eran puras y guiaron a su pueblo al matadero. Se necesitó un punto de vista radical para ver la verdad, y el Khala nos unió de un modo que ni siquiera un tonto podría destruir. Tienes razón, Shantira. Hemos estado encarando mal la cuestión de las arcas.

Shantira estaba tomando distancia. Claramente, sentía que la lógica de Orlana era un poco extremista.

—Una guerra civil es poco probable en esta era. Pero tiemblo de solo imaginar lo que podría suceder si se involucra a las arcas.

Era una idea realmente aterradora.

—Eso no es lo que estás insinuando, ¿no es cierto, Orlana? —preguntó Rohana.

La incertidumbre invadió a Orlana, no por la idea en sí, sino por su propia percepción de su gente.

—No puedo imaginar a los primogénitos divididos otra vez. Pero, a lo largo de los siglos, hemos visto cosas preocupantes, ¿no? Hasta hoy, pensamos en las arcas como refugios contra pequeñas fallas.

—El desastre de las naves nodrizas —dijo Shantira.

—Sí. *Eso* es lo que hemos temido. Que una pequeña falla destruya algo formidable. Pero el Eón del conflicto no fue el resultado de una pequeña falla. Surgió de una infinidad de conflictos insignificantes que incluso obligaron a los Xel'Naga a abandonarnos.

Rohana entendió a qué apuntaba Orlana y sintió náuseas. *No es el viento el que derriba el árbol, son las raíces podridas que nadie ve.* Se negó a aceptar lo que eso implicaba. No podía hacer otra cosa.

—Los protoss hemos evolucionado, Orlana. El Khala y nuestras tradiciones no nos dejarán caer otra vez hasta lo más bajo de nuestra arrogancia. No es posible.

De pronto, el miedo se apoderó de Shantira.

—No, Rohana. No sólo es posible: es seguro.

—¿Qué?

—En algún momento, nos tambalearemos. Es así. Es matemáticamente irrefutable —dijo Shantira—. Pero sabemos, *sabemos*, que no podemos eliminar todas las fallas ocultas. Hemos estado pensando en cómo lidiar con las consecuencias de los desastres individuales. No hemos considerado qué haremos el día que los primogénitos se enfrenten a la extinción. Quizá venga de nosotros, quizá venga de algún enemigo. Pero ese día llegará.

La habitación quedó en silencio durante un rato largo. Cada una de las hermanas sentía bullir el miedo y la duda en las otras dos.

Orlana fue la primera en hablar.

—Las arcas. Todavía son la solución.

—Yo no estoy tan segura —dijo Shantira.

—Todo lo que necesitamos es que sobreviva un arca —dijo Orlana—, y nuestra civilización soportará todo, hasta la destrucción de todos los planetas primogénitos. Podría volar entre las estrellas hasta encontrar un refugio donde establecer nuestro nuevo hogar. No se concibió para una situación tan extrema, pero el arca es más que capaz de cumplir esa función.

—Quizá —dijo Shantira con algunas reservas.

Rohana las escuchaba mientras luchaba con las emociones que querían salir de las profundidades. *Determinación. Frustración.* Eso de tratar a la extinción como una certeza era exasperante. *Tiene que haber otra solución, pensó. Este no puede ser nuestro destino.*

Con un sacudón, cayó en la cuenta: *Eso es exactamente lo que creían los miembros de la tripulación.*

Una nueva emoción, *desesperación*, la inundó tan de pronto que sus hermanas se quedaron mudas.

—¿Rohana? —preguntó Orlana en voz baja—. ¿Qué sucedió?

—Un momento, por favor —dijo Rohana—. Denme un momento.

Esperaron. Rohana dejó de luchar contra sus emociones. Las dejó revolverse y arrasar en su interior. Sus hermanas estaban allí, con ella y en el Khala, y su empatía era un ancla en el tumulto. Sobreviviría.

Pero no quería tener que explicarlo. Se le acababa de ocurrir una solución terrible, muy terrible, y materializarla en palabras la haría responsable de las consecuencias. *Ira. Negación.* Tenía que haber otra forma.

Pero no había.

Finalmente, Rohana habló.

—Hemos construido las arcas demasiado pronto.

Sus hermanas la miraron a la espera de una explicación. Sentían su angustia. A Rohana le molestaba tener que compartirla.

—Tienes razón, Orlana. Una sola arca sería suficiente para que los nuestros sobrevivan al fin de los tiempos. Pero no sobrevivirá ninguna arca, no importa cuántas construyamos —siguió Rohana—. Cuando llegue el fin, ¿cuál será nuestra primera respuesta? Enviaremos un arca, todas las arcas que tenemos, a enfrentarlo directamente.

Rohana envió retazos rápidos de vidas pasadas a sus hermanas a través del Khala. Guerreros orgullosos que se enfrentaban a la muerte con valentía. Cada uno de ellos creía que la victoria era posible aun cuando se enfrentaban a lo imposible. El orgullo era el capital más importante de los protoss, y su mayor maldición.

—Los primogénitos no huyen. Nunca. Las arcas se desaprovecharán porque la posibilidad de la derrota no entrará en el corazón de los comandantes hasta que sea demasiado tarde. *Hasta que la gravedad apriete su puño y crucemos el umbral.* Y cuando las arcas ardan, con ellas arderá la esperanza de nuestra raza. Nuestra cultura, nuestro imperio, nuestra gente... al final todo arderá.

Shantira y Orlana analizaron sus palabras con cuidado. Rohana las sentía rebuscando en los recuerdos que ellas habían preservado, tratando de encontrar algo que la refutara. Quería que lo hicieran.

Pero fracasaron. Los protoss buscaban la gloria en la muerte cuando la victoria era imposible. Los guerreros primogénitos eran creyentes absolutos. Si un enemigo realmente insuperable llegara a surgir, recluirse en un arca no sería algo factible para ellos, aun si era la única opción.

—Siento tu angustia, Rohana —dijo Orlana—. Tienes una solución en mente, y te está haciendo sufrir.

—Espero que haya otra forma —dijo Rohana con desesperación—. Por todos nuestros ancestros, espero que ustedes encuentren un camino que no nos separe.

Descargas de sorpresa se dispararon por el Khala y aterrizaron en Rohana como golpes físicos.

—¿Qué podría separarnos? —preguntó Orlana.

Rohana les dijo.

Llevó días de debate y deliberación examinar el razonamiento. Cuando terminaron, sólo quedaba una emoción. La última emoción.

Aceptación.

Parte IV

El Cónclave había estado ansioso. Después de tanto tiempo, sería una bendición tener una respuesta a la cuestión de las arcas. Pero las grandes preservadoras habían entrado a la habitación agobiadas y afligidas. Su ánimo se había contagiado rápidamente.

Entonces, las hermanas habían explicado su razonamiento, ilustrado con los recuerdos vívidos de otros.

—Es simple matemática y probabilidad —concluyó Shantira—. Llegará el día en que nada, ni siquiera un arca, pueda detener la extinción.

Los miembros del Cónclave intercambiaron miradas. *Conmoción. Entumecimiento.* Sus primeras emociones —*negación, terquedad*— se habían diluido bajo el peso de una infinidad de recuerdos preservados. Finalmente Mardonis respondió:

—Habrán quienes las tachen de agoreras —dijo.

—Y eso es precisamente lo que somos en este momento, sí —dijo Orlana sin emoción.

Rohana tuvo que suprimir una oleada súbita de risa. No era una emoción apropiada para el tono de esta reunión.

—Pero nuestras arcas son poderosas. ¿Por qué fracasarían? —preguntó Mardonis.

—Se desperdiciarían —dijo Rohana—. Las usaríamos para detener tragedias sobrevivibles. Podríamos perder mil naves nodrizas más en misiones de exploración y nuestra raza sobreviviría. Podríamos perder mil colonias y aun tener esperanza. Pero es como ustedes dijeron hace tantos años: estas arcas requieren una inversión enorme. ¿Tenemos tres? Bien, podemos preservarlas. Pero no necesitamos más.

Los miembros del Cónclave captaron una de esas palabras: *preservar*. Nadie confundió el significado, no con tres preservadoras de pie frente a ellos.

—Tienen un plan —dijo Mardonis.

—Así es.

—¿Quieren preservar las arcas hasta el momento en que sean más necesarias?

—Exacto —dijo Rohana—. La *Lanza de Adún* no puede seguir transportando colonos. Su función es surgir cuando ya no haya esperanzas, transportar los restos de nuestras tradiciones y hacerle frente a lo que sea que esté tratando de terminar con nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Mardonis.

—Las arcas deben estar en un lugar seguro y accesible. No deben despegar antes de que sea necesario —dijo Rohana—. Es posible que la solución más simple sea la mejor. Deben enterrarse con cuidado, y equiparse con mecanismos que permitan lanzarlas a las estrellas.

Los ancianos oyeron sus palabras. Ahora necesitaban debatir. Así lo hicieron, repetidamente durante el transcurso de años y décadas. Las tres hermanas asistieron a todas las reuniones. Llevó tiempo.

Finalmente, el Cónclave llegó a las mismas conclusiones que las grandes preservadoras.

—En esos años oscuros, se necesitará un ejército. Podemos mantener a miles de soldados y tripulantes en estasis en esas naves —dijo un alto templario comandante.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Y a nosotras también —dijo Rohana.

Ahí estaba. Sus palabras silenciaron al Cónclave. El Khala se estremeció de sorpresa.

Se había cruzado el umbral. No había vuelta atrás, pensó.

—Hay tres arcas —explicó Orlana—. Y nosotras somos tres.

—Cuando llegue el fin de los tiempos, se necesitará consejo y perspectiva —dijo Shantira.

—Y además —agregó Rohana—, debemos preservar nuestra historia y nuestro legado.

Una Jueza anciana se puso de pie, su mirada era penetrante.

—Si llega el fin, sólo puedo imaginar que será...increíblemente caótico. Es probable que no sobrevivan todas las arcas. Es probable que algunas de ustedes nunca despierten —dijo.

Orlana sacudió la cabeza.

—Es probable.

—¿Y eso no cambia nada?

—Nada en absoluto —dijo Rohana—. Nuestro deber es preservar. Estamos preparadas. ¿Y ustedes?

Las tres arcas se enterraron en Aiur. Había sido una tarea monumental. Nunca nadie había intentado excavar fosos de decenas de kilómetros de profundidad. Pero se hizo.

Tres ciudades distintas de Aiur ahora tenían estructuras de lanzamiento enterradas bajo la superficie. En caso de un desastre, las arcas podrían abandonar el planeta rápidamente.

La preparación para la estasis había requerido años. Las grandes preservadoras les habían pasado sus recuerdos a otras preservadoras para que nada se perdiera aun si ninguna de ellas se despertaba. Durante ese tiempo, las hermanas prácticamente no se habían separado.

Pero ahora ese momento había llegado a su fin. Las arcas se apagaron, los núcleos solares se oscurecieron, sólo quedaron las líneas de energía ínfimas que todavía pulsaban en las salas donde estaban las cápsulas de estasis.

Shantira ingresó a *Orgullo de Altaris* sin mirar atrás. *Tranquila. Decidida. Resignada.*

—Las cosas serán completamente diferentes cuando despertemos —dijo.

Una hora después, sucumbió a la estasis y se desvaneció del Khala.

Su ausencia desgarró el corazón de Rohana como si Shantira hubiera muerto. Orlana se sintió igual.

—Ni siquiera tenemos el honor de preservar sus recuerdos —dijo con tristeza.

Un día después, Orlana llegó a *Recuerdos de Nezin*. Bajó los pies y entró.

—Adiós, hermana —dijo.

—Adiós. —Rohana permaneció en silencio y escondió sus emociones hasta que Orlana entró en estasis.

Después, cayó de rodillas y aulló en el Khala sin palabras.

Su angustia surcó la tranquilidad de Aiur y conmocionó al mundo entero. Le volvió una oleada de compasión, aunque la población no sabía por qué lloraba. No le sirvió.

Las preservadoras estudiaban el pasado; el futuro sólo podían adivinarlo. Entonces, ¿por qué a Rohana la consumía la certeza de que ella se despertaría y sus hermanas no?

Suplicó a sus ancestros con la esperanza de que la oyeran. *Déjenme morir a mí. No a ellas. Esto fue idea mía.* Podría haber acelerado su entrada en estasis y perderse en el alivio del sueño. No. Se negaba. Rohana no se escondería de su dolor. Lo aceptaría con alegría. Cada cicatriz en su corazón sería un homenaje a sus hermanas y al vínculo que compartían.

Si alguna vez se despertaba, estaría en el fin del mundo. Tenía que estar preparada. Su mente sería fuerte. Su propósito, claro.

Cuando la agonía pasó, sólo quedó la última emoción. *Aceptación.*

Viajó sola hasta la *Lanza de Adún*. Todo estaba tranquilo. Cuando se despertara —si se despertaba— las cosas serían muy diferentes. Rohana se deslizó por la nave. Se detuvo brevemente en las salas del concilio de guerra. *Será aquí*, lo supo. Ese sería el lugar donde ella y el comandante discutirían cómo salvar a su pueblo del olvido.

Rohana dejó el área del concilio de guerra y entró en las cámaras de estasis. En la oscuridad, apenas distinguía las miles y miles de cápsulas ocupadas. No habían faltado voluntarios para este largo sueño. ¿Ser parte del último ejército de primogénitos? ¿El último bastión de esperanza contra el desastre? Era una oportunidad que muchos zelots sólo podían soñar. Incluso el maestro templario que había protegido el entrenamiento tradicional con tanto celo se había ofrecido, decidido a garantizar que los guerreros de los últimos días estuvieran preparados.

Rohana se metió en su cápsula de estasis. La puerta se cerró detrás de ella. Una niebla fina y suave llenó la cámara y los pensamientos de Rohana flotaron a la deriva. Se preguntaba quién comandaría a los protoss cuando se despertara. Se preguntaba si estaría a la altura de las circunstancias.

Si no es así... yo me encargaré de solucionarlo.

Adiós, hermanas.